

A UN POETA OSCURO

*¿Por qué solapas tímido tu nombre de poeta
cual si te avergonzaras, tras la banal careta
del escritor anónimo? ¿Por qué no te adelantas
con el penacho enhiesto bajo la luz, y cantas
—firme la voz— tus yambos de generosa ira?
¿Por qué?*

Porque vendiste, joven cantor, tu lira.

*Ella ciñó tu frente de niño con laureles,
ella te dio una corte de corazones fieles,
ella era tu más alta, más pura ejecutoria,
tu escudo nobiliario, tu título a la gloria...
¿Mas qué? Según parece la gloria no te basta
y vendes tus canciones en pública subasta.
Sin duda una voz íntima te dijo que la suerte
acosa a los que cantan de balde hasta la muerte;
que siempre perseguidos entre el mundano enjambre
tienen por sola herencia la desnudez y el hambre,
ya que en su mesa (¡triste ceguez de la fortuna!)
siempre el menu compónese de estrellas y de luna
—viandas de buen aspecto mas poco sustanciosas—.*

*Sin duda una voz íntima te susurró estas cosas
y con desdén —y envidia— del trovador bohemio
que canta por la gloria mas nunca por el premio;
que al lujo filisteo prefiere los trabajos
y, altivo y libre, lleva sus míseros andrajos
—motivo para el vulgo de mofas y de asombros—
como una noble púrpura real sobre los hombros,
pensaste que los lauros son algo vano y mítico
al lado de las pingües ganancias del político;
que en estas democracias, donde es uso y costumbre,
llevar a la destreza, no al mérito, a la cumbre,
es sabio quien no teme ni deshonor ni mengua
y trueca en instrumento de adulación la lengua,
seguro de que el falso grande hombre a quien halaga
en oro el torpe incienso de esas lisonjas paga
y más si el sicofante las pule y las anima
con todos los recursos del metro y de la rima...*

¿Y qué lisonja puede tener mayor hechizo
y acendra más almíbar para el advenedizo
colmado de rencores, a quien se rinde culto,
que dispararle a su émulo los dardos del insulto?

Tal te dijiste, joven cantor, y contra el hombre
único, el armonioso tribuno cuyo nombre
es como el sacro símbolo de nuestras esperanzas,
sin odio —¡eso es lo triste!— todas tus flechas lanzas..
Mas, como en este mundo paradojal, lo triste
suele por condimento tener la sal del chiste,
el que su lira humille con acritud le enrostras
en los instantes mismos en que la tuya postras
de hinojos; y lo acusas de abandonar su credo
sin ver que el que profesas jamás te importó un bledo
y que eres el trovero del candidato cuyo
partido se halla en pugna con el partido tuyo...
¡Si odiaras al Gran Lírico!... Mas no. Lamido, terse
es sólo un ejercicio retórico tu verso,
y el bardo sólo arrastra las almas cuando pinta
lo que su pecho siente con sangre, no con tinta.
(¿No eres acaso el mismo cantor que a los doce años
lloraba ya pasiones y tristes desengaños?)
Así, nada más lógico que tu actitud. Un colmo
de ingenuidad sería pedir peras al olmo
y rosas al espino; que tú, cuyos cantares
son gayas pirotecnias y juegos malabares,
escribas con ese único e inconfundible acento
que sólo da la noble verdad del sentimiento...
Cantor de los salones burgueses, no te plugo
—aunque a tus ratos eres discípulo de Hugo—
ser el poeta cósmico por cuya boca austera
habla, solloza y grita la Humanidad entera,
sino el trovero dandy que alegra las reuniones
mundanas con la música de sus recitaciones
—talvez entre el susurro de impertinentes pullas—
para solaz honesto de fatuos y de grullas...
Y no es que se te niegue talento... Estás de moda.
Es chic que en el bautismo lo mismo que en la boda,
en la velada fúnebre lo mismo que en la fiesta,
deleites los oídos con tu verbal orquesta.
Eres el impecable cincelador que labra

primores en el dócil metal de la palabra
y doma ritmos, rimas y metros; pero en vano
busco en tu verso pulcro, de corte parnasiano,
un alma de poeta que vibre, en vano busco
—perla entre las heridas entrañas del molusco—
una emoción...

¡Y luégo, presumes de poeta!
Mas... ¿puede serlo el hombre que, como tú, se fleta
y ávido de prebendas sobre el papel estampa
elogios hiperbólicos para halagar al hampa
de tanto buhonero y adulador menguado
propio para un barrido como para un fregado;
que, como tú, pregona que el Arte es sacerdocio
y a furto de la gente lo trueca en un negocio,
y como tú, por último, prefiere sin empacho,
al vuelo en Clavileño las bodas de Camacho?
¡No! En el divino reino de luz y de armonía
que con su cetro de oro rige la Poesía
—edén de visionarios y de sublimes locos—
¡son muchos los llamados... los elegidos, pocos!

Acaso te figuras que el hombre a quien tu rima
tiendes —cual pandereta de zíngaro— te estima...
Es un error. Escéptico sin duda en lo profundo
del corazón, ese hombre conoce bien el mundo,
las tristes veleidades de la conciencia humana,
y tiene la certeza quizás de que mañana
—si en algo infringe el pacto que celebró contigo—
podrías, sin escrúpulos, venderte a su enemigo.
No se prodiga estima sin mengua ni desdoro,
al hombre a quien se compra por un puñado de oro!

Sin duda eso es muy triste, pero es más triste, ¡oh bardo!
que el hombre a cuyo pecho leal lanzas tu dardo,
sea, además de apóstol, un hijo de las Musas
ungido por el genio; que aquel a quien acusas
con un vocabulario de cortesía ayuno
sea el cantor de Anarkos, el máximo tribuno
a cuyo acento —gloria del cívico torneo,
así como en la fábula del melodioso Orfeo—
las fieras muchedumbres, depuestas sus pasiones,

inclinan sus domadas cervices de leones;
el paladín magnífico que avanza con denuedo
al porvenir, llevando, lo mismo que Manfredo,
la espada luminosa que consagró el decoro
y el águila bicéfala sobre el casco de oro.
Dí: ¿Dónde están tus títulos para escalar de un salto
el Sinaí político, y hablarle desde lo alto
con un risible gesto de protección al Lírico
que desdeña tu injuria como tu panegírico?
¿Acaso ya te estimas ungido por la Fama?
¿Crees que porque un público de imbéciles te aclama
liróforo de numen genial, niño prodigio,
al rey de nuestros bardos iguales en prestigio?
Sin duda en escarceos de métrica eres ducho,
pero para hombrearte con él te falta mucho,
tanto, que apenas puedes ambicionar, acaso,
ser el palafrenero servil de su Pegaso.

Mas tú cierras los ojos para no ver, y acerbo
afirmas que él, el Sumo Pontífice del verbo,
de envidia por los triunfos ajenos se devora...
Mas dí: ¿Cuándo en los días solemnes de la Agora
cuando las frentes arden y toda humana fibra
al generoso influjo del patriotismo vibra
el amo a quien adulas fue cima, y faro, y Meca?
Hombre casero y tímido, brujo de biblioteca,
jamás ha contemplado la vida ciudadana
sino tras el opaco cristal de su ventana;
atado a las ideas de un dogma ya caduco
ni se mezcló a las turbas, ni penetró al tabuco
donde el hijo del pueblo sufre pena y quebranto
por darles a los suyos un pan mojado en llanto...
Para él —único agente de la celeste gracia
con privilegio en este país— la Democracia
es la herejía magna y es la impiedad suprema,
un yerro a todas luces digno del anatema
—de esa manera al menos lo piensa aquel divino
Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino—,
mas a pesar de toda su imperfección tiene esta
ventaja inapreciable: la de que está compuesta
no —como opinan ciertos filósofos— de gentes
que sufren y trabajan, y luchan, sino de entes

a quienes por ser dóciles, y mansos, y devotos,
con farsas farisaicas pueden sacarse votos.
Tal es el hombre —mezcla de Shylock y Tartufo—
cuya nariz halagas con el sabroso tufo
de incienso que en espiras se exhala de tu laude...
Aeda del partido de la opresión y el fraude,
La Musa que a hurtadillas colábase a tu alcoba
con castidad de virgen, es ya como la loba
a quien el blanco velo de la virtud no escuda
y que, no por afecto, por oro se desnuda...
Lo que me causa pasmo, dentro de tu egoísmo,
es que imprudentemente vayas contra ti mismo
y olvides lo que a título de bardo se te debe
al proclamar —extraño vocero de la plebe
y de los hombres prácticos, al Gay Saber adversos—
que el trovador no sirve sino para hacer versos...
(Según la dulce fábula que Lafontaine nos narra,
víctima de la hormiga fue siempre la cigarra...)
Que tu prejuicio infirme más de un varón preclaro
y te desmienta Núñez y te desmienta Caro,
no importa... Los anhelos de gloria y poderío
son, en quien caza rimas, ineptia y desvarío,
vanos engendros de una cabeza llena de humo...
Por eso, si algo anhela, que se le dé a lo sumo
—para que allí establezca su mentiroso imperio—
a ejemplo tuyo, el sórdido rincón de un ministerio!
Todo eso es perdonable; vituperable sólo
que en un cantor ofendas la majestad de Apolo.

Díme: cuando de noche, delante del bufete,
en la acolchada y tibia quietud de un gabinete
de estudio, cincelabas tus versos como un vaso
de oro, ¿no sentiste dentro del alma, acaso,
el arrepentimiento de quien cubrió de befas
a su Maestro? Díme: no oíste como Kefas,
en tu conciencia misma o entre las lobregueces
de la ciudad a un gallo que te cantó tres veces?
¡Inútiles preguntas! ¡Vé a tu señor y cóbra
en oro o granjerías el precio de tu obra
y gózalo tranquilo... mas si en tu pecho cabe
ese remordimiento que acusa o muerde, sábe

*Y agrego: pues tu elogio le trasmitiste ufano,
Pregúntale al Poeta
Cuánto hace que mi sátira, firmada por mi mano,
Reposa en su gaveta!*

*Yo ataco, pues, nombrándome; tú sin nombrarte hieres.
Tú buscas con tus versos
Aplauso; yo lo esquivo. Nuestros dos proceder
Son un poco diversos...*

* * *

*Ante este doble anónimo, que de mi parte es digno
Y astuto de tu parte,
Bien pudiera, olvidando tu apóstrofe maligno,
Pasar sin contestarte;*

*Pero a hacerlo me obligan —pues me has interpelado—
Las prácticas corteses
De eso que denominas, con un rencor velado,
“Los salones burgueses”.*

*Oye, pues. —Aunque ciega tu estrofa me vapula,
Le reconozco vena:
La rima es nueva, el corte vivaz, el verso ondula
Con gracia. ¡Enhorabuena!*

*De resto, alzar en triunfo fallidos Nazarenos
No es obra de un villano:
En tu conducta asoma, si no el penacho, al menos
La nariz de Cyrano.*

*¡Bravo! — Pero expliquémonos: al emplear mi aljaba
Contra un cantor, con ello
No a un hombre, sino a un falso concepto disparaba,
“Sin odio” —¡eso es lo bello!*

*que el gran Poeta desde la cima que corona,
no sólo te desprecia sino que te perdona!
El canto que lanzóle tu irreverencia fatua,
es ya canto del zócalo que sostendrá su estatua!*

EDUARDO CASTILLO

A UN POETA PEQUEÑO ²

*Y tú ¿por qué "solapas" tu identidad? La mía
Altivo, la he callado,
Que el hombre a quien de paso glorifiqué podía
Triunfar, como ha triunfado.*

*Tú, en cambio, al arrojarme la baba tinta en ostro
De un odio contenido,
Ensalzas al Maestro, pero ocultando el rostro,
Porque lo ves vencido...*

*Continúo: el Patricio que a salvo ofendes —¡grave
Profesor de hidalguía!—
Si no sabe que es tuya la injuria, menos sabe
que la alabanza es mía.*

(2) Esta poesía apareció en *El Nuevo Tiempo* de 25 de febrero. Como explicación a algunas frases contenidas en ella, conviene advertir que los pareados del poeta Castillo que la motivan habían sido publicados incompletos y firmados con el seudónimo Luis Paredes, en el número de *La Patria* correspondiente al 14 de febrero, y sólo vieron la luz en la forma extensa y completa en que acaban de leerse, en la edición del mismo periódico, correspondiente al 26 de febrero, o sea al día siguiente de la aparición de las cuartetas que ocasionan esta nota. Dichas cuartetas son, pues, la réplica de *Un Poeta Oscuro* a la primera forma del poema de Castillo, la cual no reproducimos en su debido sitio, por no considerarlo necesario después de esta explicación.